

ha salido en misión, cumplida ésta, vuelve a la celebración para agradecer, renovar su fuerza y abrirse a la conversión. Trae en su corazón a aquellos con los que ha compartido el Evangelio. Presenta ante el altar la vida del mundo.



Preguntas

1. ¿Experimento que la liturgia fortalece mi identidad como discípulo misionero?
2. ¿Cómo se refleja en mi vida diaria lo que celebro en la liturgia?



Oración final

Señor Jesús,
en la mesa de tu Palabra y de tu Eucaristía
enciendo el fuego de mi corazón.

Envíame a compartir tu alegría con los que esperan consuelo,
tu luz con los que caminan en la oscuridad,
tu paz con los que viven en soledad.

Haz que mi vida sea una liturgia vivida,
una ofrenda que te alabe y te anuncie
en cada gesto de amor y servicio.

Amén.

PADRE NUESTRO





Oración de inicio

Nos preparamos para acoger la Palabra de Dios en nuestra vida con un momento de silencio y con una invocación al Espíritu Santo.

¡Ven, Espíritu Santo!
Abre nuestro corazón
para que podamos escuchar la Palabra
que Dios nos dirige en las Escrituras.

¡Ven, Espíritu Santo!
Danos inteligencia y perseverancia
para comprender la Palabra
y llevarla a la práctica.



Introducción

El discípulo misionero es aquel que se encuentra con Cristo y lo comunica. Solo el discípulo conoce al Maestro y solo quien conoce al Maestro puede anunciarlo. Así, ser discípulo misionero implica ser transformado por Cristo (discípulo) y ser enviado por Él (misionero). Pero ¿dónde se alimenta este camino? ¿Dónde se escucha, se aprende y se recibe la fuerza para anunciar? En la celebración litúrgica, especialmente en la Eucaristía, que forma y transforma al discípulo y le introduce en la comunión con Cristo.



Lc 22, 14-27

Y cuando llegó la hora, se sentó a la mesa y los apóstoles con él y les dijo: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer, porque os digo que ya no la volveré a comer hasta que se cumpla en el reino de Dios». Y, tomando un cáliz, después de pronunciar la acción de gracias, dijo: «Tomad esto, repartidlo entre vosotros; porque os digo que no beberé desde ahora del fruto de la vid hasta que venga el reino de Dios». Y, tomando pan, después de pronunciar la acción de gracias, lo partió y se lo dio diciendo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; haced esto en memoria mía». Después de cenar, hizo lo mismo con el cáliz diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros. Pero mirad: la mano del que me entrega está conmigo, en la mesa. Porque el Hijo del hombre se va, según lo establecido; pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado!». Ellos empezaron a preguntarse unos a otros sobre quién de ellos podía ser el que iba a hacer eso. Se produjo también un altercado a propósito de quién

de ellos debía ser tenido como el mayor. Pero él les dijo: «Los reyes de las naciones las dominan, y los que ejercen la autoridad se hacen llamar bienhechores. Vosotros no hagáis así, sino que el mayor entre vosotros se ha de hacer como el menor, y el que gobierna, como el que sirve. Porque ¿quién es más, el que está a la mesa o el que sirve? ¿Verdad que el que está a la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve.



Evangelii Gaudium

24. La Iglesia en salida es una comunidad de discípulos misioneros que primerean, que se involucran, que acompañan, que fructifican y festejan. [...] Evangeliza y se deja evangelizar. [...] Celebra y festeja. La comunidad evangelizadora goza y celebra cada pequeño triunfo, porque sabe que es parte de la entrega misionera.

174. Las Sagradas Escrituras son fuente de la evangelización. Por lo tanto, hace falta formarse continuamente en la escucha de la Palabra. La Iglesia no evangeliza si no se deja continuamente evangelizar. Es indispensable que la Palabra de Dios «sea cada vez más el corazón de toda actividad eclesial». La Palabra de Dios escuchada y celebrada, sobre todo en la Eucaristía, alimenta y refuerza interiormente a los cristianos y los vuelve capaces de un auténtico testimonio evangélico en la vida cotidiana.



Reflexión

No se puede ser verdadero discípulo misionero sin celebrar la liturgia, porque ahí se recibe al Maestro, se es configurado con Él y se experimenta su presencia viva. Y no se puede vivir la liturgia auténticamente sin asumir la misión, porque Cristo nos alimenta no para que nos quedemos quietos, sino para ser enviados como Él.

La Eucaristía es el corazón del discípulo misionero. La Eucaristía no es una pausa en la misión, sino su punto de partida y culmen, pues lo vivido ha de hacerse vida vivida, siendo testimonio en medio del mundo. Pero también la misión lleva a la liturgia pues, el discípulo que